



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 1994, Javier Alfaya

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-063-3

Depósito legal: M-37.945-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: marzo de 2017

Más de 21 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega  
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



**Javier Alfaya**

loqueleg



*A mis hijos Javier y Patrick.*

*Y al recuerdo de Rosa y Ramona,  
cuyas sombras acompañaron mi niñez.*



Una vez, rebuscando entre los mil objetos inservibles del desván de mi casa, me encontré un catalejo. Debía de tener muchos años porque el latón de que estaba hecho se había vuelto mate y sin brillo. Pero al desplegarlo y mirar por sus lentes podía hacerme la ilusión de que era un corsario o un pirata de los que aparecían en las películas. Estaba envuelto en una tela oscura, impermeable, y lo encontré en un baúl de cerradura medio oxidada, junto con unos vestidos que debieron pertenecer a mi abuela, documentos amarillentos y escritos en una letra incomprendible para mí, un par de candelabros deslustrados y un montón de fotografías a las que el paso del tiempo había dado una coloración sepia. Ese baúl, como otros dos más grandes y herméticamente cerrados que se encontraban también allá arriba, en el desván, debían ser tan antiguos como nuestra casa, construida hacía muchos años, cuando se casaron mis bisabuelos. Recuerdo que la primera vez que abrí aquel baúl ya era un adolescente. De niño nunca me hubiera atrevido a entrar yo solo en aquel lugar tenebroso y menos aún a hurgar en sus secre-

tos. Abrí el baúl porque la cerradura no ajustaba bien y con un poco de esfuerzo se podía forzar sin estropearla. Me gustó tanto mi hallazgo que dejé de curiosear los papeles y las fotografías, y a escondidas, como si estuviera cometiendo un delito, llevé el catalejo a mi habitación y lo guardé en lo más profundo de un armario. De vez en cuando lo sacaba de allí y me dedicaba a otear por la ventana. Un día en que lo estaba haciendo apareció mi madre y me preguntó de dónde había sacado aquello. Fue como si me cogiera en falta, pero le conté la verdad y ella me dijo que podía quedármelo. Me informó de que debía de ser de su abuelo, que en su juventud había sido marino, antes de afincarse en Vilamor, nuestro pueblo, e instalarse como armador de buques.

Cuánto me acompañó aquel catalejo durante los días de convalecencia de una enfermedad que sufrí de muchacho y que nunca supe a ciencia cierta qué era. Me sobrevivió a finales del mes de mayo, en uno de esos días entre la primavera y el verano, de nubes y sol, en los que el calor alterna con la frescura de la brisa. Era un fin de semana y antes de ponerme a estudiar, porque pronto empezarían los exámenes, decidí darme un chapuzón en la playa, que estaba cerca de mi casa, sin pedir permiso a nadie.

Estaba casi solo en la playa. En el horizonte aparecieron unas nubes negras y el agua de la ría empezó a revolverse, arrastrada por un viento que venía del oeste. Sentí un poco de frío, pero me gustaba demasiado nadar como para privarme de ello porque soplara el viento. Me encantaba alejarme de la orilla, internarme en el mar todo



lo que podía y luego, si el agua estaba tranquila, hacer lo que llamábamos «el muerto», es decir, echarme de espaldas y dejarme llevar por la corriente. No sé cuánto me habría alejado de la playa cuando de pronto me quedé sin fuerzas. No sé si alguno de vosotros ha experimentado alguna vez una sensación semejante. Es terrible, porque es como si los músculos de tu cuerpo se paralizaran y se volvieran flácidos e inútiles y los nervios se destensaran. Yo tenía entonces quince años y nunca se me había ocurrido pensar en la muerte, pero ese día comprendí confusamente que podía ahogarme si no era capaz de sacar fuerzas de donde fuera. Así que luché contra la corriente que me empujaba hacia el centro de la ensenada y al fin pude volver a dar brazadas y acercarme poco a poco hasta donde hacía pie.

No sé cuánto tiempo tardé en conseguirlo. Primero hice el muerto, que esa vez casi fue de verdad, y aunque sentía un terrible latido de dolor en la cabeza y mis brazos y mis piernas apenas me respondían, aguanté lo suficiente como para que lentamente mis músculos se recuperaran. El cansancio no me dejaba respirar bien. Pero con paciencia y diciéndome que no debía tener miedo, que el mar nunca me había asustado, ni siquiera en los días en que estaba más revuelto, conseguí dar unas cuantas brazadas, seguidas de un descanso, de manera que no me faltara el resuello. Cuando toqué fondo vi que dos chicas —las únicas personas que había en la playa— corrían hacia mí. Se habían dado cuenta de que me ocurría algo malo y se apresuraron a salir a mi encuentro.

Me ayudaron a ponerme en pie, les di las gracias como pude y aunque ellas se ofrecieron para acompañarme a casa, les dije que no me pasaba nada, que había tenido un calambre en una pierna y eso era todo. No me creyeron, me temo, porque cuando me tumbé en la arena con los ojos cerrados, agotado, se mantuvieron cerca de mí por si las necesitaba.

10 Los oídos me zumbaban y el corazón me latía alocadamente. Por el rabillo de los ojos vi a las dos chicas, separadas de mí solo unos metros, que cuchicheaban entre sí con aire preocupado. Yo me hice el dormido y ellas se debieron de aburrir de estar allí, mirándome y haciendo cábalas sobre lo que me pasaba. Ni siquiera sé cómo eran, si eran guapas o feas, aunque recuerdo un detalle que es un tanto absurdo que se quedara en mi memoria en circunstancias como aquellas, y es que una de ellas, de cabellos rubios, llevaba un bañador plateado. Luego me debí de quedar dormido de verdad y me desperté bruscamente, con una tiritona. El sol se había ocultado y del mar venían ráfagas racheadas de viento, como si amenazara tormenta. Me levanté con esfuerzo, me vestí y me encaminé hasta el pequeño malecón que hay al principio de la playa.

No vivía lejos de allí. Apenas a un kilómetro, si atajaba entre los maizales. Mi casa se alzaba en las faldas de uno de los montes que separaban la costa del interior, donde hay un valle grande de tierras de pasto y de labranza. Tardé mucho en recorrer esos metros. Tanto que mi madre, que se había alarmado al no encontrarme en mi

cuarto, había enviado a las dos criadas a buscarme mientras ella iba en automóvil al pueblo a avisar a mi padre. No me encontraron porque hice el camino de vuelta por trochas que ni las criadas conocían. Cuando vi a mis padres en el portal de la finca me caí de rodillas. Mi madre dio un grito y corrió hacia mí. Al recuperar la consciencia me encontraba en la cama de mi habitación rodeado por mis padres, Rosa y Ramona, las criadas enviadas en mi búsqueda, y el doctor Autrán, nuestro médico de siempre, con sus gafas de oro y su aire perpetuamente burlón. En ese momento el doctor Autrán me tomaba el pulso. Al verme despertar, dijo:

—Qué, muchacho, vaya aventura, ¿no?

Después hizo una seña a mis padres, que se retiraron con él afuera, cerré los ojos y sentí la mano áspera de Rosa que me acariciaba la frente.

Así empezó.

12 Duró bastantes meses, y ni que decir tiene que perdí el curso y lo pasé bastante mal. Lo que tuve no fue tuberculosis que entonces —hablo de mediados de los años cincuenta— era una enfermedad aún muy extendida por España, porque si no me hubieran enviado a un sanatorio. Pero sí que fue algo serio, lo bastante grave como para que los médicos me ordenaran un reposo casi absoluto, una alimentación muy variada y, lo peor de todo, que me recetaran varias inyecciones al día.

Al principio me sentía tan fatigado que me pasaba el día durmiendo o adormilado, de manera que las cosas me resbalaban y lo único que quería era que nadie me obligara a levantarme para hacer nada. El doctor Austrán venía a verme todos los días y mi madre se pasaba las horas junto a mi cama, con un libro o con la calceta. Yo me limitaba a quedarme muy quieto y a escuchar los latidos de mi corazón. Luego, cuando pasaron las dos primeras semanas y la enfermedad —fuera lo que fuera— comenzó a amainar y yo a recuperar fuerzas, llegó el aburrimiento.

Sin embargo, la monotonía de los primeros días se quebró por otra cosa. Yo dormía en el mismo piso en que tenían el dormitorio mis padres, al lado de la habitación de mi hermana África. Era una habitación normal y corriente, que daba a la fachada principal, con las ventanas orientadas hacia poniente. El doctor Autrán la encontró demasiado sombría y dijo que debía cambiarla por otra, más soleada. Pero no había ningún dormitorio disponible. El médico insistió. En aquellos tiempos, y en un clima como el de Galicia, todo el mundo parecía creer que el sol ayudaba a curar cualquier clase de males. Por lo menos eso creía el doctor Autrán.

13

De modo que se dispusieron a buscarme un nuevo acomodo sin decirme nada. Fue así como a mi padre se le ocurrió que podría instalarme en la última planta de la casa. Esta última planta tenía su historia. Desde afuera apenas se notaban sus ventanas porque tenían delante una terraza muy grande, las cubría parcialmente una marquesina y solo desde lejos, con una apropiada perspectiva, eran visibles tal como estaban, cerradas y condenadas. Allí se encontraba el desván y unos cuartos donde se almacenaban todo tipo de trastos, desde ruedas insertables de automóvil hasta máquinas de coser. Pero en el centro de la planta había una habitación muy amplia, un antiguo salón con techo de artesonado, paredes empapeladas, losanges y molduras. Parecía una sala de baile. Mis padres, cuando heredaron la casa de mi abuelo materno, decidieron no utilizar esa planta, que realmente no servía para mucho y que sí podía cumplir las funciones que

en otras casas suplen los sótanos. Era un lugar que yo no frecuentaba porque en su abandono resultaba inquietante. Estaba lleno de rincones y de recovecos, de puertas chirriantes y de suelos que al pisarlos despertaban ecos en las paredes desconchadas y en los altos techos, cubiertos de manchones de humedad. No parecía el lugar más idóneo para ser habitado, y menos por una persona que, como se decía entonces, «se encontraba delicada».

14

Sin embargo, y para mi desgracia, el doctor Autrán pensó que la terraza, al estar cubierta, podía ser un perfecto solarío. Y a mi padre se le ocurrió que, ya que tendría que pasar en él varias horas al día, lo mejor sería que acondicionaran el salón como dormitorio para mí. Dicho y hecho. En realidad el salón no estaba muy deteriorado. Bastaba con darle una gruesa capa de pintura a las paredes y techos, reforzar aquí y allá el suelo, ajustar las puertas, arrancar las maderas que tapaban las ventanas y reparar estas para que quedara decente. Eso decía él. Se trajo a una docena de operarios y en menos de una semana la obra estaba terminada. Cuando me enteré ya era demasiado tarde, y además mi opinión en contra no contó nada. «Siempre quise arreglar esta parte de la casa», comentaba mi padre, muy feliz. Y yo pensé que si le gustaba tanto por qué no se iba él a vivir allá arriba y me dejaba a mí en mi cuarto, tan tranquilo. La verdad es que pintada y con unos cuantos muebles —una cama de matrimonio, una mesa camilla, mesilla de noche, una mecedora, un sillón y un par de sillas, un par de grabados en la pared— la habitación no quedaba mal del todo, aunque al ser tan grande

dejaba mucho espacio al descubierto. También transformaron la terraza-solario, arreglando el suelo de mosaico y cambiando los cristales de la marquesina, muchos de los cuales se habían venido abajo, derribados por el viento y la lluvia. Allí pusieron un par de tumbonas y una mesa metálica. Mi padre hizo también que arreglaran un cuarto trasero vecino y lo convirtieran en retrete y baño.

Sin duda aquello era muy bonito, pero lo pusieran como lo pusieran seguía siendo la zona lúgubre de la casa. Te sentías aislado, como si el resto del edificio estuviera mucho más abajo, a pesar de que el tramo de escalera que unía esa planta con las otras era corto y el pasamano y los peldaños fueron cepillados y barnizados. Era como si vivieras en una torre muy alta, alejado del resto de la gente. Mi madre me entendía muy bien y comprendió lo mal que me sentaba tener que meterme allí. Muy diplomáticamente sugirió que como la habitación era tan amplia podrían instalarle allí una cama para seguir haciendo las veces de enfermera conmigo. Mi padre se negó en redondo. Dijo:

—Gabriel es ya un hombre y no necesita que su madre esté a su lado, dándole mimos. Va a disponer de un timbre junto a su cama y si se siente mal no tiene más que tocarlo.

Aunque mi madre solía imponer su voluntad a mi padre cuando quería, en este caso no pudo. Para él era una cuestión de principios eso de que su hijo varón se criara sin una protección excesiva de la madre. Se mostró inflexible. Yo estaría solo en mi dormitorio.

La perspectiva de vivir allá arriba me producía escalofríos. Ya no era un niño, por supuesto, pero aquel lugar imponía respeto a cualquiera y más a mí que me había acostumbrado a fantasear sobre él y a considerarlo poco menos que una mansión de fantasmas. Y no es que creyera en ellos, no. Pero en las noches de otoño pueden ocurrir muchas cosas en una casa de campo aislada. Los ruidos nocturnos —los crujidos de la madera, las carreras de los ratones, el golpeteo de la lluvia en los cristales y el tejado, el rechinar de una puerta mal cerrada, el silbido del viento en las rendijas— se convierten con facilidad en pasos y en susurros de esos seres extraordinarios que pueblan la imaginación de una persona con miedo.

Al final yo creo que mi padre se apiadó de mí y consintió en que Merlín, nuestro mastín, que entonces tenía dos años y que era enorme y peludo, se quedara conmigo. Con un perro de la envergadura y de las malas pulgas que Merlín demostraba cuando se enfadaba, mis penas serían menores. Nadie podía soñar un guardián más imponente, al menos de aspecto. Además, Merlín y yo éramos muy amigos, compañeros de fatigas en más de una excursión por las marismas, que se veían en toda su extensión desde la terraza, y también por los bosques que cubrían las laderas del monte. Era bastante perezoso, como suele ocurrir con los perros muy grandes, y cuando notaba algo que no le gustaba lo resolvía con unos cuantos ladridos que atronaban a los que estaban cerca de él. Como su compañero, Morito, un típico ejemplar de eso que en mi tierra, en Galicia, llaman un *can de paleiro*, mezcla de mil



razas y especies diferentes, se aposentaba en una caseta junto a la puerta de la casa. Yo quería también mucho a Morito, pero prefería para la ocasión a Merlín, no por nada sino porque era un compañero sosegado: Morito era demasiado nervioso como para aguantar el encierro en casa durante muchas horas.